

cautivar la atención del público, la afición á las letras, innata en mí, las poesías de mi infancia y los precipitados apuntes de mis viajes? Ya me había ocurrido la idea de escribir una obra sobre las revoluciones comparadas, y meditaba sobre ella cual sobre un asunto mas adaptado á los intereses del día; pero ¿quién consentiría en encargarse de la impresión de un manuscrito falto de encomiadores, y quién me mantendría mientras compusiera este manuscrito? Solo me restaban algunos días que pasar en la tierra; mas era preciso algún recurso para sostenerlos, por cortos que fuesen. Mis treinta luises, harto mermados ya, no podían durar mucho, y amen de mis apuros personales, necesitaba atender á la miseria comun de la emigración. Todos mis compañeros de Londres se ocupaban en algo; unos habían entrado en el comercio del carbon, otros hacían con sus mujeres sombreros de paja; y otros enseñaban la lengua francesa, que no sabían. Ninguno había perdido su buen humor; la frivolidad, que es un defecto de nuestra nación, se había trocado en virtud en aquellos hombres, que se reían en la propia cara de la fortuna, ladrona corrida de llevarse lo que nadie le reclamaba.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

PELLETIER. — OCUPACIONES LITERARIAS. — ME ACOMPAÑO CON HINGANT. — NUESTROS PASEOS. — UNA NOCHE EN LA IGLESIA DE WESTMINSTER.

Pelletier, el autor del *Domine salvum fac regem*, y redactor principal de las *Actas de los Apóstoles*, continuaba en Londres su empresa de París. No tenía precisamente vicios, pero le corroía una carcoma de defectos, de los cuales era imposible curarlo; libertino y desarreglado, ganaba mucho dinero y lo despilfarraba: servía á un tiempo como defensor de la legitimidad y como embajador del rey negro, Cristóbal, cerca de Jorge III; era corresponsal del señor conde de la *Limonada*, y se bebía en vino de Champagne el sueldo que le pagaban en azúcar. Este segundo Mr. Violet, que tocaba las grandes sinfonías de la revolución con un violín de faltriguera, me ofreció sus servicios á título de breton. Le hablé de mi plan del *Ensayo*, y lo aprobó de tal manera, que, exclamando: «¡Será magnífico!» me ofreció un aposento en casa de su impresor Baylie, y prometió que este pondría la obra en prensa según la fuese yo escribiendo. El librero Debofle debía correr con venderla, y Pelletier en persona con anunciarla á son de trompeta, en su periódico *El Ambigu*, interin pudiéramos introducirnos en el *Correo francés* de Londres, cuya redacción pasó poco despues á manos de Mr. de Montlosier. Pelletier no desconfiaba de nada, y hasta quería obtener para mí la cruz de san Luis por el sitio de Thionville. En resumen, mi buen Gil Blas, persona alta, flaca y caricacocada, de cabellos empolvados y frente calva, y hablador como él solo, se caló el sombrero sobre la oreja, me asió del brazo y me llevó á casa del impresor Baylie, donde alquiló sin ceremonia para mí un aposento que costaba una guinea mensual.

Hallábame, por fin, al frente de un dorado porvenir; pero, ¿en qué tabla podía atravesar lo presente? Pelletier me proporcionó algunas traducciones del latín y del inglés; á ellas dedicaba el día, y por la noche trabajaba en el *Ensayo histórico*, en el cual intercalé parte de mis viajes y de mis ensueños. Baylie me surtía de libros, y mas de una vez invertí disparatadamente mis chelines en comprar algún códice de los que campeaban en sus anaqueles.

Hingant, á quien encontré en el paquete de Jersey, se había relacionado conmigo; también él cultivaba las letras; era instruido y escribía en secreto novelas, de las cuales solía leerme algunos trozos. Tomó una

habitacion bastante próxima á la de Baylie, en cierta calle que salía á Holborn: todas las mañanas á las diez me rennía con él para almorzar y hablar de política, y sobre todo de mis trabajos. Luego que le contaba lo que había adelantado en el edificio nocturno del *Ensayo*, volví á mi tarea diurna de las traducciones; despues nos juntábamos nuevamente para comer en un mal café, al precio de un chelín por cabeza, y terminada la comida salíamos á dar una vuelta, ó se marchaba cada cual por su lado, porque uno y otro teníamos igual afición á pasearnos meditando á solas.

En estos últimos casos me dirigía yo á Kensington ó Westminster. Complaciame en el primero discurrendo por su parte desierta, en tanto que la inmediata á Hyde-Park se llenaba de una brillante muchedumbre; y el contraste de mi indigencia con aquella riqueza, de mi aislamiento con aquella multitud, era grato á mi mente. Siempre que veía pasar á lo lejos á las jóvenes inglesas, sentía la misma confusión y los mismos deseos que en otros tiempos me infundía mi sílide, cuando despues de ornarla con todas las ficciones de mi locura no me atrevía apenas á alzar los ojos hasta mi obra. La muerte, á que tan próximo me juzgaba, añadía un misterio mas á la visión de aquel mundo, del cual ya casi había yo salido... ¿Se fijó alguna mirada en el extranjero sentado al pié de los pinos? ¿Adivinó alguna mujer la invisible presencia de René...?

En Westminster eran otras mis ocupaciones; en medio de aquel laberinto de sepulcros, pensaba yo en el mio, que pronto debía abrirse. ¡El busto de un hombre tan desconocido como yo, no cabía al lado de aquellas ilustres efigies! Luego contemplaba las tumbas de los monarcas: ya no estaba allí Cromwell; Carlos II nunca había estado, y las cenizas del traidor Roberto Artois descansaban bajo las losas que yo oprimía con mis pasos leales. La suerte de Carlos I acababa de hacerse extensiva á Luis XVI; en Francia ejercía la segur diariamente su ministerio, y las fosas de mis parientes se hallaban ya abiertas.

De estas meditaciones me sacaban el canto de los maestros de capilla y los diálogos de los curiosos. Como no podía multiplicar mis visitas, porque tenía que dar á los guardas de los que ya no existían el chelín necesario á mi sustento, pasaba muchas tardes rondando en torno de la abadía, con las cornejas, ó contemplando sus campanarios, gemelos de tamaño desigual, que el sol poniente ensangrentaba con su fuego, bajo la negra cortina del humo de la ciudad.

Una vez que quise examinar á la luz del crepúsculo el interior de la basilica, me sucedió que, absorto en la admiración de aquella arquitectura llena de energía y de caprichos, se me pasó el tiempo; hizose noche interin vagaba yo lentamente, dominado por el sentimiento de la *sombria magnitud de las iglesias cristianas* (Montaigne), y se cerraron las puertas. Traté de buscar salida; llamé al *usher*, golpeé en las *gates*, pero todo aquel ruido se perdió, difundido y disuelto en el silencio, y tuve que resignarme á dormir con los difuntos.

Despues de vacilar algún tiempo, pensando en el rincón que debería escoger, me paré junto al mausoleo de lord Chattam, al pié del púlpito y la galería alta de la capilla de los Caballeros y de Enrique VII. A la boca de aquellas escaleras y de aquellas alas cerradas con verjas de hierro, me ofreció su abrigo un sarcófago incrustado en la pared, frente á una Muerte de mármol armada con su segur. Los pliegues de una mortaja, de mármol también, me sirvieron de nicho; á ejemplo de Carlos V, íbame ya acostumbrando á mi entierro.

Allí ocupaba uno de los primeros asientos para ver el espectáculo del mundo tal cual es. ¡Cuántas grandezas amontonadas bajo aquellas bóvedas! Y hoy, ¿qué queda? No son menos vanas las aficciones que

las venturas; la infeliz Juana Grey en nada se diferenciencia de la dichosa Elisa de Salisbury, á excepcion de que su esqueleto es menos horrible, porque le falta la cabeza, y la armazon de sus huesos se embellece con su suplicio y con la ausencia de lo que en otro tiempo constituía su hermosura. Ni los torneos del vencedor de Crecy, ni los juegos del Real del Paño de Oro de Enrique VIII, se repetirán en aquel teatro fúnebre. Bacon, Newton y Milton se hallan tan profundamente sepultados y tan yertós como sus mas oscuros contemporáneos. ¿Y por ventura consentiría un desterrado, un vagabundo, un pobre como yo en dejar de ser el ente mezquino, olvidado y doliente que era, á cambio de haber sido uno de aquellos muertos famosos, pujantes y hartos de deleites? ¡Oh! ¡La vida no se cifra en nada de esto! No nos asombremos si desde las playas del mundo no descubrimos distintamente las cosas divinas, porque el tiempo es un velo que se atraviesa entre la luz y nuestros ojos.

Acurrucado bajo mi sábana de mármol, no tardé en descender de tan elevados pensamientos á las sencillas impresiones del sitio y del momento. Aquella mezcla de inquietud y de placer que me agitaba, era análoga á la que sentía durante las noches de invierno en mi torreón de Combourg, cuando oía bramar el viento; porque un viento y una sombra son cosas de igual naturaleza.

Poco á poco fui acostumbrándome á la oscuridad, y pude divisar las figuras colocadas sobre los sepulcros. Contemplé entonces las caprichosas formas del regio panteon inglés, adonde parecía que bajaban, precedidos de góticos hachones, todos los acontecimientos pasados, todos los años que fueron, en tanto que el edificio entero podía compararse con un templo monólito de los siglos petrificados.

Conté diez, once horas seguidas en el reloj, cuyo martillo, que se levantaba y volvía á caer sobre el bronce, era el único ser viviente que en aquellas regiones me acompañaba. En la parte exterior no sonaba otro ruido que el de algún carruaje, ó la voz del *watchman*: rumores lejanos de la tierra que de un mundo llegaban á otro mundo. Las nieblas del Támesis y el humo del carbon de piedra se infiltraron en la basilica y tendieron en ella nuevas tinieblas.

Por fin comenzó á despuntar el crepúsculo en un rincón donde las sombras eran mas ténues; aquella luz progresiva, cuyo desarrollo miraba yo fijamente, procedía acaso de los dos hijos de Eduardo IV asesinados por su tío? «Los amables niños, dice el gran trágico, estaban acostados uno junto á otro, y se ceñían con sus brazos inocentes y blancos como el alabastro. Sus labios parecían cuatro purpúreas rosas, que, unidas en un solo tallo y ostentando el último esplendor de su hermosura, se besan amorosamente.» No me envió Dios aquellas almas tristes y hechiceras; pero sí el ligero fantasma de una mujer, apenas llegada á la edad de la adolescencia, la cual llevaba en la mano una vela encendida y resguardada del viento por un pliego de papel ahuecado: era la campanera. Oí el ruido de un beso, y una campana señaló la hora del alba. Grande fue el espanto de la niña cuando salió tras ella por la puerta del claustro: le conté mi aventura, y ella me dijo que había ido á tocar en vez de su padre, el cual estaba enfermo; del beso no hablamos una palabra.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

MISERIA. — SOCORRO IMPREVISTO. — ALOJAMIENTO JUNTO Á UN CEMENTERIO. — NUEVOS COMPAÑEROS DE INFORTUNIO. — NUESTRAS DIVERSIONES. — MI PRIMO LA BOUE-TARDAIS.

Entretuve á Hingant con mi aventura, y formamos el proyecto de encerrarnos en Westminster; pero

nuestra miseria nos llamaba á la mansion de las tumbas de una manera menos poética.

Mis fondos se iban agotando; Baylie y Debofle se habían arriesgado á comenzar la impresión del *Ensayo*, mediante una obligacion de reintegrarlos en caso de que no hubiera venta; pero su generosidad no pasaba de aquí, y esto, en verdad, era tan natural, que hoy me asombra su atrevimiento. No se proporcionaban nuevas traducciones; Pelletier, hombre dado á divertirse, no podía aguantar ningun compromiso amistoso que se prolongara; de buen grado me hubiera regalado cuanto tenía si no hubiese preferido derrocharlo; pero le era imposible andar de un lado para otro buscándome trabajo, ni hacer una obra de caridad que requiriese paciencia. Hingant veía también disminuirse su tesoro, y entre los dos no teníamos ya mas que sesenta francos. Entonces acordamos la ración de víveres, como se practica en los buques cuando se alarga la travesía. En lugar de un chelín, no gastamos mas que medio para la comida, y para tomar el té por la mañana suprimimos la mitad del pan y toda la manteca. Tales abstinencias influyeron sobre los nervios de mi amigo; su imaginación andaba siempre errante: á lo mejor se quedaba parado como si aplicase el oído para escuchar algún rumor lejano, y luego, en vez de responderme, soltaba la risa ó se ponía á llorar. Hingant creía en el magnetismo y estaba medio loco en el galimatías de Swedemborg. Algunas mañanas me decía que durante la noche había sentido ruido en su cuarto, y cuando me oponía yo á estos desvaríos se enojaba conmigo. La inquietud que su estado me causaba no me permitía atender á mis propios padecimientos.

Estos eran grandes, sin embargo: la dieta rigurosa y el trabajo me fatigaron el pecho, ya resentido; empezaba á costarme dificultad el andar, y á pesar de esto, tenía que pasar fuera el día y parte de la noche, para no dar á conocer mi miseria. Cuando llegamos al último chelín, convine con mi amigo en guardarlo para aparentar que almorzábamos. Determinamos comprar un panecillo de á dos cuartos, dejar que nos sirviesen como siempre el agua caliente y la tetera, y en vez de echar té en ella y comernos el pan, beber el agua sola con algunas migajas de azúcar que quedaban en el azucarero.

Cinco días pasaron así. La calentura me consumía, estaba abrasado, y huía de mí el sueño: para distraer el hambre chupaba pedazos de lienzo empapados en agua, y mascaba yerba y papel. Mis tormentos eran horribles cuando pasaba por delante de alguna tahona. En una cruda noche de invierno estuve dos horas pegado á los cristales de cierto almacén de fruta seca y de carnes fiambres, tragando por los ojos cuanto veía: hubiera sido capaz de devorar, no solo los comestibles, sino las cajas, los cestos y los canastillos.

El quinto día por la mañana me arrastré con gran desfallecimiento hasta la habitacion de Hingant, cuya puerta estaba cerrada, llamé, y mi amigo tardó algún tiempo en responderme; pero al fin se levantó y abrió. Recibíome riéndose como fuera de sí; tenía la levita abrochada. «Ahora traerás el almuerzo,» me dijo con acento singular, sentándose junto á la mesilla del té. En esto creí notar algunas manchas de sangre en su camisa; me arrojé sobre él y le desabotoné la levita; se había abierto con un cortaplumas una herida de la profundidad de dos pulgadas, debajo de la tetilla izquierda. A mis gritos acudió una criada, y salió inmediatamente á buscar un cirujano. La herida era peligrosa.

Esta nueva desventura me precisó á tomar un partido. Hingant, que era consejero del parlamento de Bretaña, había reusado hasta entonces la pensión que el gobierno inglés tenía asignada á los magistrados franceses, y lo mismo me sucedía á mí con el chelín de socorro que se daba á todos los emigrados.

Escribí á Mr. Barentin revelándole la situación de mi amigo, y los parientes de Hingant fueron á verlo y se lo llevaron al campo. A tiempo que esto sucedía, me envió mi tío de Bedée cuarenta escudos, tierna obligación de mi perseguida familia, que me pareció un tesoro mayor que el de las minas del Perú: el óbolo de los encarcelados franceses sostenía al francés expatriado.

Con la miseria se habían retrasado mis trabajos; y como no continuaba el manuscrito, quedó suspendida la impresión. Privado de la compañía de Hingant, no quise conservar el aposento de casa de Baylie, que me costaba una guinea al mes: pagué los alquileres vencidos, y me marché. Amen de los emigrados indigentes, que al principio me patrocinaron en Londres, existían otros mas necesitados todavía. Entre los pobres hay sus grados, como entre los ricos, y se puede ir de escalon en escalon, desde el hombre que durante el invierno se abriga con su perro, hasta el que tiritaba de frío entre sus descosidos andrajos. Mis amigos me buscaron una habitación mas acomodada á mi menguada fortuna (que no siempre ha de estar uno en el cúmulo de la prosperidad), y me hicieron instalarme á las inmediaciones de Mary-Le-bon-Street, en cierto *garret*, cuya ventana caía á un cementerio: no había noche en que la carraca del *watchman* no me anunciase que iban á robar algún cadáver. Por fin tuve la satisfacción de saber que Hingant estaba fuera de peligro.

Algunos camaradas iban á visitarme á mi taller. Por nuestra independencia y pobreza se nos podía tomar por pintores en las ruinas de Roma; pero no éramos mas que artistas de la miseria en las ruinas de Francia. Mi rostro servía de modelo, y mi cama de asiento á mis discípulos: la tal cama consistía en un colchon y una manta; no había sábanas, y cuando apretaba el frío, tenía que abrigarme con mi casaca y una silla. Como mis pocas fuerzas no me dejaban mullir el colchon, me tendía sobre él, tal como Dios me lo deparaba.

Mi primo La-Bouetardais, á quien por insolvente echaron de su zahurda irlandesa, á pesar de que había empeñado hasta su violín, fué á buscar en mi casa un asilo contra el *constable*, y logró que cierto vicario bajo-breton le prestara un catre. Era La-Bouetardais como Hingant, consejero del parlamento de Bretaña, y no poseía un mal pañuelo para liárselo á la cabeza; pero en cambio había desertado con armas y bagajes, lo cual quiere decir que llevaba consigo su bonete cuadrado y su toga encarnada, y dormía *bajo la púrpura* á mi lado. Alegre, buen músico y dotado de una voz hermosa, se sentaba en cueros sobre el catre siempre que estábamos desvelados, se ponía su bonete y cantaba romanzas, acompañándose con una guitarra que solo tenía tres cuerdas. Una noche que el pobre estaba entonando así el *Himno á Venus*, de Metastasio, *Scendi propizia*, cogió un aire colado que lo dejó con la boca torcida y lo llevó al otro mundo, aunque no de pronto, porque yo acudí solícito y le di friegas en las mejillas. Solíamos celebrar consejos en nuestro desvan, donde platicábamos de política y nos ocupábamos con los chismes de la emigración. Por la noche íbamos á bailar á casa de nuestras tías y primas, terminada ya su tarea de coser cintajos y hacer sombreros.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FIESTA Suntuosa. — FIN DE MIS CUARENTA ESCUDOS. — NUEVA MISERIA. — MESA REDONDA. — OBISPO. — COMIDA EN LONDON-TAVERN. — MANUSCRITO DE CAMDEN.

Los que vayan leyendo esta parte de mis *Memorias* no habrán podido notar dos interrupciones que han sufrido: una para ofrecer un gran banquete al duque

de York, hermano del rey de Inglaterra; otra para celebrar con una fiesta el aniversario de la vuelta del rey á París, en 8 de julio. Esta última función me ha costado cuarenta mil francos. Los pares del imperio británico, con sus esposas, los embajadores y los ex-ranjeros de distinción, acudieron á llenar mis salones, magníficamente alhajados. En mis mesas abundaban los mas delicados manjares, vinos y flores, en medio del fulgurante resplandor de los cristales de Londres y del oro de las porcelanas de Sevres. Portland-Place estaba obstruido con brillantes carruajes. Collinet y la música de Almack's distraían la melancolía *fashionable* de los *dandys* y las elegantes meditaciones de las *lady's* que bailaban con aspect-pensativo. Allí se habían concedido treguas la oposición y la mayoría ministerial: lady Canning conservaba con lord Londonderry, y lady Jersey con el duque de Wellington. *Monsieur*, que este año me ha enviado una felicitación por mi suntuosidad de 1822, ignoraba en 1793 que no lejos de él existía un futuro ministro, el cual, ínterin se realizase tanta grandeza, ayunaba encima de un cementerio por el pecado de su fidelidad. Hoy me doy el parabien de haber estado á pique de naufragar, de haber entrevisto la guerra y compartido los padecimientos de las clases mas humildes de la sociedad, así como me felicito por haber sido blanco en mis tiempos de prosperidad, de la injusticia y de la calumnia. De estas lecciones he sacado buen partido; sin los males que la hacen tan grave, sería la vida un juguete de niño.

En el tiempo de que voy hablando, era yo el hombre de los cuarenta escudos; mas como todavía no se hallaba establecida la nivelación de fortunas, ni habían bajado de precio los géneros de consumo, mi bolsa no encontró contrapeso, y se desocupó en breve. Erame imposible contar con nuevos socorros de mi familia, expuesta en Bretaña al doble azote de los *chuanes* y del *terror*, y en mi porvenir solo se me presentaban el hospital ó el Támesis.

Algunos sirvientes de los emigrados, los cuales ya no podían darles de comer, se habían convertido en fondistas para dar de comer á sus amos. ¡Solo Dios sabe lo que allí se devoraba y cómo se hablaba de política! Todas las victorias de la república se convertían en derrotas, y el que tenía la desgracia de no creer en la proximidad de la restauración, era declarado jacobino. Dos obispos decrepitos, cuyo rostro se daba ya cierto aire al de la muerte, paseaban aquella primavera por el parque de Saint-James. — «Monseñor, decía uno de ellos: ¿pensáis que estemos en Francia para el mes de junio? — ¡Pche! monseñor, respondía el otro después de una madura meditación; no me ocurre ningún inconveniente.»

Pelletier, el hombre de los recursos, me desenterró, ó por mejor decir, me descolgó de mi nido. Había leído en un periódico de Yarmouth, que cierta sociedad de anticuarios iba á ocuparse en escribir la historia del condado de Suffolk, y que necesitaba de un francés capaz de descifrar los manuscritos franceses del siglo XII, incluso en la colección de Camden. A la cabeza de esta empresa se hallaba el *parson* ó párroco de Beceles, y con él había que entenderse. — «Aquí está lo que os hacia falta, me dijo Pelletier; id allá, descifrad esos mamotretos, continuad enviando á Baylie original del *Ensayo*; yo obligaré á ese menguado á que prosiga la impresión; al cabo de algún tiempo volveréis á Londres con doscientas guineas, y ruéde la bola.»

Quise aventurar algunas objeciones. — «¡Voto al Draque! exclamó mi protector; ¿preferís quedaros en este *palacio*, donde hace un frío que ya me va calando los huesos? ¡Cierito que si Rivarol, Champeentz, Mirabeau-Tonneau y yo hubiéramos andado con repulgos, habríamos hecho negocio con las *Actas de los Apóstoles*! ¿Sabeis que la historia de Hingant mete un

ruido de todos los demonios? ¿Con qué queríais dejaros morir de hambre? ¡Ja, ja, ja! ¡Puff!... ¡Ja, ja!...» Y Pelletier, doblado el cuerpo, tenía que apoyarse en las rodillas para no caerse de risa. Acababa de colocar cien ejemplares de su periódico en las Colonias; había cobrado su importe, y golpeaba con orgullo sus guineas en el bolsillo. De grado ó por fuerza, me llevó á comer á *London-Tavern*, con el apoplético La-Bouetardais y otros dos andrajosos emigrados, á quienes encontré en el camino. Diónos vino de Oporto, *ros-theaf* y *plumpudding*, hasta hartarnos. — «¿Qué os ha pasado, señor conde, decía á mi primo, que teneis la boca tuerta?» La-Bouetardais, entre corrido y alegre, explicaba el lance lo mejor que podia, diciendo cómo había cogido un aire cantando estas palabras: *¡oh bella Venere!* y al tararar su *bella Venere*, ponía mi pobre parálitico una cara tan apagada, tan consumida por el frío, tan llena de miseria, que Pelletier se caía redondo, y por poco no derribó la mesa de dos punta-pies que le dió por debajo.

Luego que reflexioné, no me pareció tan desacertado el consejo de mi compatriota, propio personaje de mi otro compatriota Le-Sage. Después de tres dias de informes, partí para Beceles, vestido de nuevo por el sastre de Pelletier, y provisto de algun dinero que me dió Deboffe, habiéndome yo obligado á continuar el *Ensayo*. Como ningun inglés podia pronunciar mi nombre, lo cambié por el de *Comboung*, título que había usado mi hermano, y que me recordaba las penas y los placeres de mi primera juventud. No bien me apeé en la posada, presenté al párroco del pueblo una carta de Deboffe, persona muy apreciada en la librería inglesa, y el cual me recomendaba como un sabio de primer orden. Recibido perfectamente en Beceles, visité todos los *gentlemen* del canton, y hablé con dos oficiales de nuestra armada, que daban lecciones de francés en las cercanías.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

MIS OCUPACIONES EN PROVINCIA. — MUERTE DE MI HERMANO. — DESGRACIAS DE MI FAMILIA. — DOS FRANCIAS. — CARTAS DE HINGANT.

Con las excursiones que empecé á hacer á caballo recobré algunas fuerzas, y se restableció un poco mi salud. La Inglaterra, vista así al pormenor, era triste, pero me hechizaba: en todas partes se me ofrecían los mismos objetos y los mismos paisajes. El estudio endulzó principalmente mis pesares: bien hacia Ciceron en recomendar el comercio de las letras en las allicciones de la vida. Las mujeres estaban contentísimas con haber encontrado un francés á quien hablar en su lengua.

Las desventuras de mi familia, que supe por los periódicos, me obligaron á descubrir mi verdadero nombre (pues me fué imposible ocultar mi dolor), y aumentaron el interés de aquella gente en favor mio. Los papeles públicos anunciaron la muerte de Mr. de Malesherbes, la de su hija, la Sra. de Rosambo; la de su nieta, la señora condesa de Chateaubriand, y la del conde de Chateaubriand, esposo de esta y hermano mio, inmolados juntos el mismo dia, á la misma hora y en el mismo cadalso; Mr. de Malesherbes era un objeto de veneración para los ingleses, y mi alianza con el defensor de Luis XVI hizo subir de punto la benevolencia con que me trataban mis huéspedes.

Por Mr. de Bedée supe las persecuciones que sufrían mis demás parientes. Mi anciana é incomparable madre se había visto precisada á subir á una carreta con otras víctimas, y á pasar desde el fondo de Bretaña á los calabozos de París, para compartir la suerte de aquel hijo á quien tanto había amado. Mi esposa y mi hermana Lucila aguardaban su sentencia en los calabozos de Rennes, desde los cuales se pensó tras-

ladarlas al castillo de Comboung, convertido en fortaleza del Estado, culpándose á su inocencia por el crimen de mi emigración. ¿Qué valian nuestras aflicciones en tierra extraña, comparadas con las de los franceses que residían en su patria? Y sin embargo, ¡qué desgracia no era saber, en medio de los padecimientos del destierro, que aquel destierro mismo servía de pretexto para perseguir á nuestros allegados!

La sortija que recibí en arras mi cuñada cuando se casó, fue hallada hace dos años en medio del arroyo de la calle Cassette. Estaba rota cuando me la llevaron, y sus dos arillos pendían abiertos y enlazados uno con otro; pero aun se leían perfectamente los nombres en ellos grabados. ¿Cómo pareció esta sortija? ¿En qué sitio y época se perdió? ¿Pasó la víctima, que estaba presa en el Luxemburgo, por la calle Cassette al marchar al suplicio? ¿Dejó caer el anillo desde la carreta, ó se lo quitaron del dedo despues de la ejecución? El aspecto de aquel símbolo, que por su quebradura y su inscripción evocaba en mi mente tan crueles recuerdos, me estremeció en extremo. Parecía que mi cuñada me lo enviaba misteriosa y fatidicamente desde la morada de los muertos; en memoria suya y de su hermana. ¡Ojalá que no sea fatal para su hijo, á quien se lo he enviado!

Cher orphelin, image de ta mère,
au ciel pour toi je demande ici-bas
les jours heureux retranchés á ton pere
et les enfans que ton oncle n'o pas.

«Huérfano amado, imágen de tu madre,
¡ojalá guarde el cielo para tí
la dulce vida que negó á tu padre,
la tierna prole que me niega á mí!»

Esta mala cuarteta forma con otras dos ó tres el único regalo de bodas que pude hacer á mi sobrino en la época de su enlace.

Otro monumento me queda tambien de aquellas desgracias. Véase lo que me ha escrito Mr. de Contencin, el cual encontré en los archivos de París la orden expedida por el tribunal revolucionario para que mi hermano y su familia fuesen al cadalso:

«Señor vizconde: Es una especie de crueldad el resucitar en un alma que ha padecido mucho el recuerdo de las desgracias que mas dolorosamente la afectaron. Esta idea me ha hecho vacilar algun tiempo antes de ofreceros un documento harto triste que durante mis indagaciones históricas he encontrado. Es una fe de difunto, firmada antes de la muerte por un hombre que se mostró tan implacable como ella, siempre que encontraba reunidos en una sola cabeza el mérito y la virtud.

«Desearé, señor vizconde, no causaros un excesivo disgusto al añadir á los archivos de vuestra familia un título que despierta tan crueles memorias. Suponiendo que tendría interés para vos, puesto que para mí tenía subido precio, me he resuelto por fin á enviároslo. Si no he obrado indiscretamente, me daré un doble parabien, puesto que hoy me ofrece este paso la ocasión de expresar los sentimientos de profundo respeto y de admiración sincera que hace mucho tiempo me habeis inspirado, y con los cuales soy, señor vizconde, vuestro humilde y obediente servidor.»

A. DE CONTENCIN.

»Palacio de la prefectura del Sena.
»París 23 de marzo de 1835.»

He aquí mi contestación á esta carta:

«Muy señor mio: A petición mia se habían ya buscado en la Santa Capilla las piezas del proceso de mi infeliz hermano y de su esposa; pero no estaba entre ellas la orden que vos habeis tenido la bondad de

enviarme. Ella y otras muchas habrán sido ya presentadas con sus borrones y sus nombres estropeados ante el tribunal de Dios, donde le habrá sido forzoso á Fouquier reconocer su firma. ¡Esos son los tiempos que hoy se echan de menos, y sobre los cuales se escriben tomos enteros de admiración! Por lo demás, la suerte de mi hermano me causa envidia, que al fin salió hace largos años de este triste mundo. Os doy infinitas gracias por la estimación que me manifestais en vuestra noble y hermosa carta, y ruegos que creais en la sinceridad de mi distinguida consideración, con la cual tengo el honor de ser, etc.»

La órden de muerte citada es especialmente notable porque prueba la ligereza con que entonces se ajusticiaba: hay nombres con la ortografía equivocada, y otros están completamente borrados. Estos vicios de forma, que bastarian para invalidar la sentencia mas insignificante, no detuvieron á los verdugos: solo se fijaban sus pensamientos en la puntualidad de la ejecucion: á las cinco en punto.

El documento auténtico es este; lo copio letra por letra:

EJECUCION DE SENTENCIAS CRIMINALES.

Tribunal revolucionario.

«El ejecutor de las sentencias criminales acudirá con puntualidad á la casa de justicia de la Conserjería, para llevar á efecto la que condena á Mousset, d'Esprémenil, Chapelier, Touret, Hell, Lamoignon Malsherbes, la mujer de Lepelletier Rosambo, Chateau Brian y su mujer (el nombre propio está borrado y no se puede leer), la viuda Duchatel, la mujer de Grammont, exduque, la mujer de Rochechouart (Rochechouart) y Parmentier, total 14, á la pena de muerte. La ejecucion tendrá lugar hoy á las cinco en punto, en la plaza de la Revolucion de esta capital.

«El acusador público, H. Q. FOUQUIER.

«Dado en el tribunal, á 3 de floreal del año segundo de la república francesa.

«Dos carretas.»

Las ocurrencias del 9 de thermidor salvaron á mi madre, la cual quedó, sin embargo, olvidada en la Conserjería, en donde la encontró el comisario convencional. —«¿Qué haces ahí, ciudadana? le dijo: ¿Quién eres? ¿Por qué no te has ido?» Mi madre contestó que habiendo perdido á su hijo, no pedía noticias de nada, y que la era indiferente morir allí ó en cualquiera otra parte. —«Pero acaso tendrás otros hijos,» replicó el comisario. Entonces nombró mi madre á mi esposa y mis hermanas, presas en Rennes. Dióse órden para ponerlas en libertad, y se obligó mi madre á salir de su calabozo.

En ninguna historia de la revolucion se ha cuidado de poner el cuadro de la Francia exterior junto al de la Francia interior; de pintar aquella gran colonia de desterrados, que iban variando de industria y de padecimientos segun variaban los climas y las costumbres de los diversos pueblos á que se acogian.

Fuera de Francia, todo se hacia por individuos; metamorfosis de profesiones, aflicciones oscuras, sacrificios sin ruido y sin recompensa: una idea fija se destacaba, sin embargo, de esta confusion de individuos de todas clases, de todas edades y de todos sexos; la de la antigua Francia, viajando con sus preocupaciones y con sus leales, como en otro tiempo la iglesia de Dios, errante sobre la tierra con sus virtudes y con sus mártires.

Dentro de Francia consumábase todo por masas; Barrére anunciaba á un tiempo degüellos y conquistas, guerras civiles y guerras extranjeras, y á la par ocurrían los combates gigantescos de la Vendée y los de las orillas del Rhin; se derrocaban los tronos al estruendo de los pasos de nuestro ejército; se hundían nuestras escuadras en los mares; el pueblo desenterraba á los monarcas en San Dionisio, y arrojaba el polvo de los reyes muertos al rostro de los reyes vivos para cegarlos; y la nueva Francia enaltecida con sus modernas libertades y orgullosa hasta con sus crímenes, se asentaba en su propio terreno é iba ensanchando sus fronteras, doblemente armada con el hacha del verdugo y la espada del soldado.

En medio de mis pesadumbres de familia, llegaron á tranquilizarme acerca de la suerte de Hingant algunas cartas suyas notables por mas de un concepto. En setiembre de 1795 me escribia lo siguiente: «Vuestra carta de 23 de agosto está llena de tierna sensibilidad. Se la he enseñado á algunas personas, y les ha hecho llorar. Tentaciones tenia de decirles lo que Diderot de J. J. Rousseau cuando fue este á visitarlo en su encierro de Vincennes: ¡Mirad cómo me quieren mis amigos! Mi enfermedad no ha sido realmente mas que una de esas calenturas nerviosas que hacen padecer mucho y que no tienen mejores médicos que el tiempo y la paciencia. Estando en cama me entretenia en leer algunos extractos de Fedon y de Timeo, libros que abren las ganas de morir. Algunas voces decia como Caton:

¡It must be so Plato! ¡Thou reason'st vell!

«Forjábame ideas sobre mi viaje, como pudiera sobre otro á las Indias Orientales, y pensaba en la multitud de objetos nuevos que debia ver en aquel mundo de los *espiritus* (segun lo llama Swedenborg), y sobre todo en que el camino estaria exento de fatigas y de peligros.»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CARLOTA.

A cuatro leguas de Beccles, y en una poblacion pequeña, llamada Bungay, vivía el reverendo ministro anglicano, Mr. Ives, gran helenista y matemático. Tenia una esposa jóven todavia, y encantadora por su rostro, su conversacion y sus modales, y una hija única, que á la sazón contaba quince años.

Me presentaron en su casa, y fui recibido por aquella familia mejor que por ninguna otra de la poblacion; todavia se conservaban allí las antiguas tradiciones inglesas respecto á beber, y se pasaban dos horas de sobremesa despues de retirarse las mujeres. Mr. Ives, que habia estado en América, gustaba de referir sus viajes, de oír la relacion de los míos y de hablar de Newton y de Homero. Su hija, que por agradarle habia adquirido una vasta erudición, era ademas excelente profesora de música, y cantaba como hoy canta Mad. Pasta. A la hora de tomar el té volvía á presentarse en el comedor, y deleitaba con sus armonías el sueño del anciano ministro: yo la escuchaba silenciosamente, apoyado en una esquina del piano.

Concluida la música, solía la *Young Lady* interrogarme acerca de Francia y de la literatura, y me pedía planes á que arreglar sus estudios: deseando particularmente conocer los autores italianos, me suplicó le diese algunas notas sobre la *Divina Comedia* y la *Gierusalemme*. Poco á poco fui sintiendo la tímida influencia de un afecto, nacido todo del alma; á las florideñas las ayudaba en su tocado; pero estan-

do con miss Ives, no me hubiera atrevido siquiera á levantar del suelo un guante suyo, y hasta me costaba rubor el traducir con ella algun trozo del Tasso; con Dante, genio casto y varonil, me hallaba mas á gusto.

Mi edad y la de Carlota Ives concordaban entre sí. En todas las relaciones que se forman á la mitad de la vida entra siempre una parte de melancolía; si no data el conocimiento desde los primeros años, los recuerdos de la persona amada se desprenden de aquellos dias en que se respiró sin conocerla; dias que, perteneciendo á otra sociedad, causan dolor á la me-

moria y están como segregados de nuestra existencia. Y si á esto se añade alguna desproporcion de edad, entonces crecen los inconvenientes: el mas viejo comenzó á vivir antes que el mas jóven viniera al mundo, y este se halla destinado á existir solo tambien; el uno atravesó una soledad mas acá de una cuna; el otro atravesará otra mas allá de la tumba; lo pasado fue un desierto para el primero, y lo porvenir le será para el segundo. Es muy difícil amar con todas las condiciones de suerte, juventud, belleza, oportunidad y armonía de corazon, de afecciones, de carácter, de gracias y de años.



CHATEAUBRIAND CON MISS CARLOTA IVES.

De resultas de haberme caído de un caballo, durante aquel invierno pasé una temporada en casa de Mr. Ives. Los sueños de mi vida comenzaron á desvanecerse ante la realidad. Miss Ives se fue haciendo cada vez mas reservada, cesó de llevarme flores, y no volvió á cantar.

Si me hubiesen dicho que habia de pasar el resto de mi vida en la mayor oscuridad y en el seno de aquella solitaria familia, me habria muerto de gozo: al amor solo le falta la estabilidad para ser al mismo tiempo el Eden antes del pecado y el Hosanna sin fin. Lógrese que dure la belleza, que se conserve la juventud, que el corazon no pueda cansarse, y se producirá el cielo. Tan cierto es que en el amor se

encierra la felicidad soberana, cuanto que su quimera es el vivir eternamente; no pronuncia juramentos que no sean en la intencion revocables; á falta de sus goces, quiere eternizar sus dolores; ángel caído, habla todavia el idioma á que estaba acostumbrado en la morada incorruptible; sus esperanzas se cifran en no cesar jamás; y en medio de su naturaleza y de su doble ilusion terrena pretende perpetuarse con inmortales pensamientos y con generaciones interminables.

Ibase acercando, con gran consternacion mia, el momento de despedirme. La víspera del día señalado para mi marcha reinó gran tristeza en la comida. Mr. Ives se retiró á los postres, llevándose